

EL NAUFRAGO, EL TIEMPO Y EL POETA

Naufragar, naufragar... Estoy obseso
por la terrible idea del naufragio.
¿Naufragar en las olas encrespadas?
¡Naufragar en la tierra, sobre el barro!
Las ilusiones, góndolas gentiles
que se deslizan como el cisne blanco
por los fonges canales del ensueño,
entre rayos de luna y bellos cánticos;
los ensueños de amor, de gloria, de arte;
la hermosa juventud del cuerpo sano;
la agilidad elástica del púber;
el brillo que en los ojos admiramos
de la mujer que aroma nuestra ruta...
¡todo se ha de perder en el naufragio
de las luchas crueles, del transcurso del tiempo,
del dolor, la traición o el desengaño!

El tiempo es la semilla de la muerte.

Embarcamos en él, y en él hallamos
como el débil esquite la ola brava
que produce el naufragio.

Y el poeta... El poeta, con su lira,
sus canciones, su musa, su estro mágico,
si no logra evitar nuestra catástrofe
nos procura el consuelo de sus cánticos,
alegra nuestro espíritu, acaricia
a nuestro corazón ensangrentado
y nos grita, ¡el iluso!—Avante, avante.
El bien y la ilusión podrán salvarnos—
¡El iluso
salvador de los náufragos!

Y, ¿quién te salva a tí, pobre poeta?
¿Es que de cierto crees, insensato,
que la inmortalidad has conseguido
con tus trovas, tus glosas y tus cantos?
¿Con tus rimas, tus odas y romances?
¿Tus sáficos, adónicos y yámicos?
Para ser inmortal hay que estar muerto.

¡Hay
que dejarse tragar por el naufragio!

PINCELADA HUMORISTICA

EL CAZADOR

HABÍA llegado a obsesionarme.

Las primeras veces no le dí importancia.

—«Un cazador que va o viene del campo», me dije.

Pero volví a verle un día y otro, siempre por la Castellana. Y entonces me puse a observarlo.

Aquel hombre no iba ni venía: estaba allí. Tenía unos cincuenta años, era alto, delgado, con barba en punta—no sé por qué, me hizo pensar en Don Quijote—andaba erguido, con paso marcial. Su atuendo cinegético era completo, perfecto: polainas, canana, cazadora, flamante escopeta...

Pero aquel hombre no iba de caza. No podía ir; porque yo me dediqué a seguirlo y no salía de la Castellana. De vez en cuando, se sentaba en un banco, para fumar un cigarro. O hacía alto en algún kiosco y tomaba una caña de cerveza. Luego seguía infatigable, Castellana arriba, Castellana abajo...

Repito que había llegado a obsesionarme. Y decidí abordarlo.

No me fué difícil. Aprovechando su descanso en un banco, me senté junto a él y le pedí lumbre para el cigarro, que, intencionadamente, llevaba apagado.

—«¿Va Ud. de caza?»,—le dije.

—«Sí, señor»,—me respondió afectuoso.

—«¿Muy lejos?»,—inquirí.

—«Hasta la Plaza de los Nuevos Ministerios, como máximo».

—«¿¡Qué!?»—exclamé un poco desconcertado.

—«Sí, señor,—me aclaró con la mayor naturalidad—yo cazo en la Castellana.

La sorpresa me dejó desconcertado por un momento.

—«Pero aquí yo no he visto nunca caza»—le argüí, recuperándome.

—«Ni yo tampoco»,—fué su respuesta.

Esto acabó de desconcertarme: ¿Cómo era posible que aquel hombre me dijera que iba a cazar donde le consta que no había caza?

Comprendiendo mi pensamiento, el desconocido vino en mi auxilio.

—«Ud. encontrará extraño lo que acaba de decirle—comentó afectuoso—; pero cuando se lo explique, verá que es la cosa más lógica y natural.

Yo era todo oídos. El cazador siguió:

—«Soy un entusiasta del deporte cinegético. Es un ejercicio sano y productivo. Hay que caminar, cosa que desarrolla los músculos, y unas perdices o unos conejos son siempre un alivio para las amas